

CONFERENCIA

DEL

Alcalde Presidente, Sr. Ruiz Giménez

CON EL

SINDICATO OBRERO PANADERO

CELEBRADA EL DÍA 25 DE ENERO DE 1923



MADRID

IMPRENTA MUNICIPAL

—
1923

AYUNTAMIENTO DE MADRID

CONFERENCIA

DEL

Alcalde Presidente, Sr. Ruiz Giménez

CON EL

SINDICATO OBRERO PANADERO

CELEBRADA EL DÍA 25 DE ENERO DE 1923



MADRID

IMPRENTA MUNICIPAL

—
1923

Reunión de la Junta Directiva de obreros panaderos, presididos por el Sr. Alcalde, el día 25 de enero de 1923

El Sr. Alcalde: Yo desearía de ustedes, que con sinceridad respondiesen a algunas observaciones y preguntas que he de hacerles, para que me sirvan de información y pueda resolver con acierto el problema del pan.

Indudablemente en Madrid, uno de los males constitutivos de la industria de la panadería, es el excesivo número de tahonas, porque resulta indudable, que si hubiese tahonas con capacidad suficiente de fabricación, no existirían las pequeñas que aumentan el precio del pan.

Hay que tener en cuenta también, que en España hay 18.000 fábricas de harinas, lo cual es excesivo, y de ahí, que la molienda del trigo resulte cara. Por lo tanto, si yo fuera a la revisión de las tahonas, y de las que no estén en condiciones y se clausuran ¿qué les parecería a ustedes esta medida?

Ustedes dicen en un suelto que ha publicado la Prensa, que cualquiera que sea la resolución que se adopte, no resolvería la situación del precio del pan. Ustedes creen que de momento, con la baja del pan no se resolvería el problema en toda su integridad, que habría que buscar otras causas, y yo insisto en preguntarles: ¿Si voy a la revisión de las tahonas y se cierran algunas porque no tienen capacidad bastante de fabricación o no reúnen condiciones higiénicas, qué les parecería la medida, buena o mala?

El Sr. Cortés: Esa medida no sería desacertada; ahora, que de momento, traería un quebranto inmediato para nosotros, porque si el Sr. Alcalde procede con la rectitud necesaria, se encontrará que el 75 por 100 no reúnen condiciones y entonces el remedio sería peor que la enfermedad; pero es evidente, que se impone una transformación e higienización de las tahonas.

La dificultad está en el deseo que tienen muchos industriales panaderos de adquirir mayor clientela por el estado raquítico en que la mayoría de las fábricas se encuentran

produciéndose principalmente por dos causas: el precio artificial de la harina al trigo y la situación de esos fabricantes que no tienen clientela suficiente y necesitan tomarla de otros mediante determinada comisión.

El Sr. Alcalde: Tengo entendido que los grandes fabricantes tienen interés en que los pequeños cesen.

El Sr. Cortés: Eso mismo lo hemos dicho nosotros en otra ocasión, y en un documento donde constan determinadas peticiones que tenemos formuladas, no de aumento de salario, sino de mejora de la industria, apuntábamos la idea de que los fabricantes se sindicaran como lo estamos nosotros a fin de realizar una acción protectora mutua centralizando las ganancias y las pérdidas y ayudando al que se encontrara en situación precaria, así como expulsando de la agremiación al que no se sometiese y deseara obtener ganancias improcedentes; pero desgraciadamente los industriales panaderos cuando se trata de defender sus intereses no están unidos y si alguna vez se ponen de acuerdo es para ir en contra de los obreros.

Por otra parte, la jornada de los obreros panaderos, aun no se ajusta a lo que prescriben las leyes, no por culpa nuestra sino porque en la forma en que se desenvuelve el trabajo es imposible realizar una labor continuada y unos tienen que estar esperando que terminen su cometido los otros, porque el trabajo está todo él ligado. Ahora bien, si la producción se realizara de otro modo se remediaría esa dificultad, como ocurrió cuando comenzó a funcionar la fábrica de la *Compañía Popular Madrileña* que se hicieron contratos con los obreros por horas de trabajo y así la producción era mayor, pero que aquello fracasó porque sin estar bien cimentada la industria, había exceso de pretensiones.

Conviene hacer constar que *La Popular* quebró porque con el fin de emitir mayor número de acciones, se instalaron infinidad de expendedurías en Madrid, muchas más de las que permitía el margen de producción y aun cuando la Sociedad de obreros panaderos advirtió oportunamente que no era preciso aumentar el número de operarios que había, la referida Sociedad insistió en que se les enviaran muchos y como sobraban, de ahí el fracaso.

El Sr. Alcalde: Ya que se habla de *La Popular*, yo desearía me dijeseis ustedes si esta fábrica está actualmente en condiciones de funcionar.

El Sr. Cortés: No. Esa fábrica está completamente destrizada y ha habido ocasiones, en tiempo de lluvias persistentes, que los sótanos se han inundado de agua. La producción en esa fábrica era de 40.000 kilos de harina y se podía fabricar el pan en buenísimas condiciones, pero por las causas anteriormente indicadas, fracasó el negocio.

El Sr. Alcalde: ¿Qué opinan ustedes del servicio de reparto del pan a domicilio?

El Sr. Cortés: Eso encarece la mercancía, pero tendría remedio, si como se ha dicho, el que quiera tener la comodidad de que le sirvan el pan en su domicilio, abona unos céntimos más en kilo del precio a que pueda adquirirlo en las tahonas.

El Sr. Alcalde: En efecto, esa fórmula se les ha propuesto toda vez que no niegan la diferencia de cinco céntimos, que como demasía satisface el consumidor que adquiere el pan en su domicilio; pero resulta que los industriales panaderos no quieren confesar que en las tahonas se cobre ese mismo precio al consumidor que acude a ellas. Y yo pregunto a ustedes. Si yo fuera a la supresión del reparto, se produciría perturbación en la industria.

¿Son muchos los repartidores que hay?

El Sr. Cortés: Los repartidores son muchos y el público está acostumbrado a ellos por la comodidad que le reporta; además es muy lógico que el que quiera tener esa comodidad debe pagarla, y por otra parte, ya se sabe lo que ocurre con los géneros adquiridos a la reventa, que tienen un sobreprecio.

Por otra parte, la comisión que se da a los repartidores es la misma que perciben los dueños de puestos que adquieren pan en cantidad. Estos se proveen previamente de una licencia para apertura de sus establecimientos y no tienen que ver nada con los fabricantes, puesto que les adquieren el pan mediante determinada cantidad.

Entre el repartidor y el expendedor no hay más diferencia que en algunas ocasiones el puesto de pan lo tiene establecido el tahonero, aun cuando no es lo corriente. Resulta en síntesis que Madrid está lleno de puestos de esta clase y que el público debiera ir a las tahonas.

El Sr. Martínez: Hay despachos de pan que no son sucursales de las tahonas, sino que los regenta un particular que adquiere el artículo a un precio y luego lo reparte entre

su clientela. Estos despachos particulares y los repartidores, llevan comisión; de modo que si se suprimiera el reparto en Madrid, habría que cuidar de que hubiera número suficiente de despachos para que el vecindario adquiriera el pan con comodidad.

El Sr. Alcalde: Supongamos que el Ayuntamiento dijese: voy a municipalizar la venta y yo voy a establecer los despachos por mi cuenta. Tahoneros, el pan lo vais a dar a tal precio y yo a tal otro en esos puestos. ¿Resolvería eso la cuestión?

El Sr. Martínez: Eso es difícil y no resultaría negocio para el Ayuntamiento, porque se debe empezar a municipalizar desde que el trigo se compra.

El Sr. Alcalde: ¿Y si el trigo lo tasa el Gobierno?

El Sr. Cortés: Si el Gobierno tasa el trigo y la harina y admite otros compradores que no sean sólo el Ayuntamiento, mal negocio; ahora, si el comprador es únicamente el Ayuntamiento, entonces varía, por más que la ventaja no sería completa porque aun adquiriendo harina en esas condiciones, tendría que abonar las operaciones de fabricación del pan, pero en esto podría haber algún beneficio, porque si los fabricantes de harina no podían vender más que al Ayuntamiento, el Municipio tendría que tasar lo que correspondiera al rendimiento legal de la industria para que ésta no rebasara.

El Sr. Alcalde: La Compañía Arrendataria de Tabacos produce sus cigarros y los vende a los estancos en comisión; de modo, que yo cambio los términos, y digo: el Ayuntamiento no produce el pan, pero se encarga de venderlo; ¿sería esto solución?

El Sr. Cortés: No sería negocio, porque si el Municipio no dispone de la fabricación, y sí solamente de la venta, tendría un competidor en el fabricante.

El público madrileño está acostumbrado a que le lleven el pan, porque le resulta más cómodo, y es muy difícil desterrar esa costumbre; además, cree que se lo venden al mismo precio.

El Sr. Alcalde: El público puede creer eso, que lo adquiere al mismo precio; pero, no advierte que el reparto encarece la mercancía.

El Sr. Martínez: La supresión de los repartidores y el establecimiento de puestos por cuenta del Municipio, no daría

resultado, porque además de lo anteriormente indicado, al verse el vecindario obligado a bajar a la calle para adquirir el pan, se iría a las tahonas más próximas, y resultaría una verdadera competencia entre éstas y los puestos reguladores y una pugna constante. Municipalizar el trigo y la fabricación, ese es el ideal; pero prescindir de esos dos factores y explotar solamente la reventa, no lo considero acertado.

El Sr. Alcalde: Toda la argumentación de los patronos, cuando se les habla que el precio regulador ha de ser kilo de harina, kilo de pan, es que en tiempos del Sr. Duque de Almodóvar del Valle, y desempeñando la Comisaría de Abastecimientos, el Sr. Silvela, se les concedió un margen de cuatro céntimos por kilo, y que por eso no se podía hablar de kilo de harina por kilo de pan; y que el Sr. Cierva les otorgó posteriormente, otro margen de seis céntimos, es decir, en total 10; y ellos dicen: 59 del coste de la harina, más ese margen de 10, hacen un total de 69, con lo que pretenden justificar el precio que debe tener el pan.

Yo quiero informarme de ustedes, si consideran justo ese margen de cuatro céntimos primero y después de seis y si debe continuar o suprimirse.

El Sr. Martínez: Nosotros no podemos informar respecto a este extremo. En el comercio se ha creado tal desconcierto, debido a los beneficios que se obtuvieron durante la guerra, que una vez creado se puede justificar su necesidad.

En la cuestión del pan lo vemos claro. Precio que alcanzan los trigos: de 37 a 40; precio del pan en Madrid, 70. ¿Es posible esa diferencia de 33? Habrá industrias que puedan justificarlo debido a una porción de causas que en el comercio encarecen las mercancías: comisiones, intermediarios, etc.

Con anterioridad a la guerra, los fabricantes de harinas vendían sus productos con 20 pesetas de margen; después han surgido otras causas que han servido de pretexto a esos fabricantes para marcar un alza, una de ellas la elevación de los jornales, etc., y en esto no tienen razón, porque los jornales bajaron.

Entonces las harinas tenían 11 pesetas de margen, con referencia a los trigos, con la particularidad de que en aquella época se clasificaban las harinas y se fabricaba mejor pan. Vino la guerra, y vino el revuelo y la baraúnda, y los Gobiernos concedieron mayor margen y se dejaron extraer las se-

gundas, y el rendimiento del trigo que antes de la guerra daba 80; ahora produce 83 y 84; y yo digo: ¿pero es posible que la mercancía se encarezca hasta el extremo de que cueste en Castilla el trigo a 37 pesetas, y el pan resulte en Madrid a 70 céntimos el kilo? ¡Ah! Pero es que la ganancia pasa por siete, ocho o diez manos, y nosotros que tenemos visión de la realidad decimos: si fuera posible que hubiese un Gobierno capaz de recoger estas cosas, se podría demostrar que el pan se debe vender en Madrid más barato.

El Sr. Alcalde: ¿De modo que no se puede llegar a la supresión de los 10 céntimos que se concedieron de margen a los industriales panaderos?

El Sr. Martínez: Insisto en mi manifestación anterior de que no tenemos datos suficientes para contestar. Ahora bien, yo digo en concreto: la cantidad que resulta entre el precio a que está el trigo y el precio a que el pan se vende en Madrid, es imposible, aunque conocemos de sobra la inversión que esa diferencia tiene, de un lado el precio de los transportes y de otro las diferentes manos que intervienen en el negocio.

El Sr. Alcalde: Ustedes hablan del precio de 37 pesetas el trigo de Castilla, y sin embargo, los fabricantes aseguran que no adquieren esos trigos sino los de la provincia de Toledo, los denominados de la Sagra.

El Sr. Martínez: El trigo de Castilla y el de la Sagra, con cuatro pesetas escasamente de diferencia, es lo mismo y en la fabricación al mezclarlo, produce el mismo rendimiento.

El Sr. Alcalde: Se dice que los fabricantes mezclan un 25 por 100 de harina de maíz y que al comerlo no se nota.

El Sr. Martínez: Eso no es cierto. Se podría hacer la mezcla, pero no en esa proporción. En tiempos de la guerra, sí; pero no fué con el pan elaborado en Madrid, sino con el que venía de fuera. Por otra parte, en España sobran muchas fábricas de harinas, y como hay una competencia muy grande, no es preciso economizar en la fabricación del pan la primera materia introduciendo mezclas.

El Sr. Alcalde: ¿Ustedes creen que dados los factores que actualmente integran la industria de la panadería, se puede bajar el pan a 60 céntimos, sin que esto pueda considerarse como un gran perjuicio en los intereses de esos industriales?

Uno de los obreros: No. La harina les cuesta hoy a 55 pesetas, y por consiguiente, cabe rebajar el precio del pan, pero no en esa cuantía.

Nosotros partimos de esta base: el precio del trigo y el precio del pan; las demás cosas no están a nuestro alcance ni en nuestras manos evitarlo. Porque hay una cosa; decimos: sobran fábricas de harinas, pero todos los fabricantes molturan y buscan mercados; los cercanos a la Corte buscan el de Madrid, y todos ellos tienen los gastos consiguientes a la exportación; pero se da el caso de que hay fabricantes de harinas en Madrid que están exentos de todo eso, y, además, se trata de fábricas cuyos propietarios son los mismos tahoneros. y esas fábricas no tienen que hacer más que comprar trigo donde lo encuentran y conducirlo a sus almacenes donde lo molturan y lo venden inmediatamente a sus accionistas; pero eso tampoco está en nuestras manos examinarlo.

Hay un detalle: hoy en Madrid regula el precio de la harina la fábrica *La Fama*, que es al propio tiempo de los industriales panaderos, y no hay posibilidad de ir a acometer de lleno reformas justas, a no ser que se entre en la fiscalización de cómo *La Fama* vende las harinas.

La harina que se vende a 60 pesetas, por ejemplo, ¿a cómo debía venderse? Haciendo la cuenta honradamente debe venderse a 55. ¿Por qué no se vende a 55? Porque lo mismo da, porque vuelve el beneficio a sus manos al hacer el dividendo.

Si yo tengo una industria y aparte otra derivada de aquélla, y la materia prima la vendo a un precio y después elaborada a otro, es evidente que me reintegro. Por el contrario, si ellos vendieran como deben vender, estaría el pan barato.

La Fama, vende aparentemente al mismo precio a sus accionistas que a los que no lo son; pero aquéllos, al abonar sus facturas, obtienen un descuento.

El 80 o el 85 por 100 de los panaderos de Madrid tienen fabricación propia: *La Campanilla*, *La Fama* y *La Panera*, ésta establecida en Alcalá.

El precio de plaza de las harinas, es por ejemplo, de 50 a 59, y al que no es cliente o gran consumidor, le venden a ese precio, pero para el que lo es, viene luego el reintegro; es decir, que existe precio artificioso para unos y para otros.

El Sr. Alcalde: Yo creo que el pan podía venderse a 65 céntimos en las tahonas y el reparto libre.

El Sr. Martínez: Yo resolvería de otro modo la cuestión. Claro es que las tahonas no están bien distribuidas; pero con 170 tahonas en Madrid bien distribuidas, podría venderse el pan al precio de 65 céntimos en las expendedorías y utilizando el reparto cinco céntimos más caro.

Hay muchas tahonas que sobran y además están muy mal distribuidas para las necesidades de la población y la comodidad del público lo mismo que despachos de pan.

El Sr. Alcalde: Yo voy a poner el *cumplase* al acuerdo que adoptó el Ayuntamiento; pero tengo que esperar a la sesión de mañana para notificar a los patronos panaderos que hay que vender el pan al precio tasado. A esos industriales les he pasado aviso para que vinieran a hablar conmigo y no han venido. Yo quería un *modus vivendi* para no perjudicar los intereses del Ayuntamiento, porque si se llegara al cierre de las tahonas, es indudable que habrían de gastarse algunas cantidades que el Municipio no está en condiciones de desembolsar.

Yo les marqué un plazo para contestar y no lo han hecho y además supongo estarán convencidos de la amenaza que les dirigí de meterles en la cárcel si llegaban al cierre de sus establecimientos sin advertirlo por lo menos con cinco días de anticipación.

Se va, pues, a plantear el problema. ¿Qué puede ocurrir?

Ellos dirán, que no fabrican, que cierran y despiden a los obreros. Esto tiene que evitarlo el Gobierno; hay el procedimiento de la incautación, que yo no puedo emplearlo; pero sí el Gobierno por motivos del orden público aun cuando desconozco lo que hará.

Sobre esto quiero hacer a ustedes una pregunta concreta. ¿El Alcalde, contaría con los obreros panaderos en caso de incautación de las tahonas?

El Sr. Martínez: Es indudable que sí; la contestación es terminante: S. S. puede contar con los obreros de la panadería; pero vamos hacer algunas observaciones.

Si se hace la incautación y el Ayuntamiento, como es su deber quiere una administración recta y que no se perjudiquen los intereses del vecindario, es preciso que la incautación se haga en forma debida y no como la otra vez, porque entonces hubo deficiencias de las que guardamos recuerdo muy lamentable, pues gracias a la actuación de los 34 delegados.

que nombramos, se logró enjugar el déficit de 350.000 pesetas, que en diez días se produjo.

Así, pues, nuestra cooperación, no faltará, pero por entero y con las garantías suficientes de que desde el momento que se crea oportuno vamos a ser los administradores. En una palabra, nosotros decimos: si el Ayuntamiento tiene necesidad de adoptar una resolución extrema porque lo considere justo y porque los patronos provocan el conflicto, aquí estamos dispuestos a conjurarlo porque para ello no hace falta más que trabajadores y la harina que facilite el Ayuntamiento y nosotros, una vez manipulada y vendido el pan lo administraremos escrupulosamente; pero es conveniente estar advertidos de que los patronos, llegado ese momento, tratarán de convencer a los obreros de que quien tiene la culpa de que se queden sin jornal, es el Ayuntamiento; y como los obreros de la panadería suman más de 4.000 individuos, en los primeros momentos pudiera haber alguna desorientación hasta que nosotros les convenciéramos de la verdad y les pusiésemos en antecedentes de lo que ocurría.

Además, y aunque los patronos permanezcan en sus casas, estarán alejados de la parte administrativa y de la dirección de los trabajos. En eso el Ayuntamiento puede estar tranquilo de que no habrá conflicto; pero deseamos se procure que no se nos venga el conflicto encima, dejando a los obreros sin trabajo y en caso de llegarse a la incautación, que no sean más elementos que los propios trabajadores de la industria panadera los que intervengan, porque se trata de una entidad que está perfectamente preparada y organizada, al extremo que si en Madrid surgiera un conflicto de importancia suma, nosotros no nos resentiríamos porque nuestros técnicos somos nosotros y estando todo en nuestras manos, no nos hacían falta patronos para elaborar todo el pan que se necesitase.

La incautación pasada, la hizo el Gobierno civil, nombrando delegados ajenos a la industria y sin duda por desconocimiento suyo se produjo el déficit de 350.000 pesetas a que antes he aludido; y viéndose comprometido el Gobierno, recurrió a los obreros de la panadería y éstos honradamente salvaron la situación. No se llegaron a establecer delegados obreros en todas las tahonas porque sólo fueron nombrados 34; pero así y todo se enjugó el déficit, y cuando los obreros

habían demostrado que sabían administrar, el Gobierno les quitó las tahonas y se las entregó a los patronos.

Y yo digo: si llegara el momento de la incautación, estamos en condiciones de prestar apoyo, pero exigimos determinadas condiciones. Concretando, si el Gobierno se ve en la necesidad de ir a una incautación, nosotros somos del pueblo y al pueblo no le faltaría pan, pero exigimos seriedad.

El Sr. Alcalde: El conflicto se presenta ahora en otra forma. Si los panaderos me dijeran nosotros dejamos las tahonas, ¿estaríamos en el mismo caso de contar con ustedes?

El Sr. Martínez: La otra vez dijeron que el Gobierno se arruinaba, pero cuando vieron que encontraba auxilio en los obreros, recapacitaron y pidieron al Gobierno que les devolviera las tahonas. Entonces nosotros lo sentimos, porque si con 34 delegados obtuvimos el resultado ya expuesto en el momento que hubiera habido delegados en todas las tahonas el resultado hubiera sido infinitamente mayor.

El Sr. Cortés: Si este caso llegara nosotros nos comprometemos a sostener a los patronos con un jornal equivalente al obrero que más gane, durante el tiempo que dure este estado de cosas.

El Sr. Alcalde: Y si dicen los panaderos, nosotros no fabricamos más que pan de viena y francés, ¿qué ocurriría?

El Sr. Martínez: Eso no lo debería consentir el Ayuntamiento y nosotros procuraríamos evitarlo.

El Sr. Alcalde: En el supuesto de que se llegara a la incautación de las tahonas ¿con quién tendría yo que entenderme para recabar el concurso de ustedes, con el Sindicato de obreros panaderos?

El Sr. Martínez: Sí.

El Sr. Presidente: Doy a ustedes gracias y les ruego que estén siempre dispuestos a venir cuando tenga necesidad de llamarles.

Yo quiero que el pan baje; en el supuesto que la rebaja de 10 céntimos fuera exagerada, tampoco puede aceptarse la de dos céntimos que los industriales proponen.

A mí lo que me ocurre es que no quiero ir a la batalla para que me la ganen, sino ponerme en condiciones de poder vencer, porque de otra manera comprometo al Ayuntamiento a que gaste dinero, molesto al vecindario y nos colocamos en

situación de que no pudiendo triunfar, sean ellos los que nos coloquen el dogal al cuello.

En la Comisión que se nombró del pan, cuidé de preguntar al Sr. Cordero, si la minoría socialista me apoyaría y si nie dejaría margen para maniobrar.

Termino declarando a ustedes que la conversación que hemos tenido no puede ser de mayor utilidad.

